

CATEQUESIS Y RELIGIOSIDAD POPULAR

FRANCISCO ECHEVARRÍA
Secretariado Diocesano de Catequesis
Huelva

Dada la importancia de la religiosidad popular para el pueblo de Dios y asumido el hecho de que para muchos es la única forma de vivir la religión, es nuestro deber como catequetas preguntarnos sobre ella en su relación con la catequesis. Se trata de establecer las bases de un acercamiento objetivo, pastoral y catequético a este fenómeno creciente en la vida de la Iglesia.

I. EL HECHO

1. *Dificultad de la definición*

Lo primero que constatamos es la dificultad de definir el concepto de religiosidad popular. Viene dada por la ambigüedad de los términos que lo integran. Cuando hablamos de religiosidad ¿a qué nos referimos? ¿Y a qué cuando hablamos de pueblo? ¿Es religiosidad la celebración del Viernes Santo en la Basílica de san Pedro? ¿Y la procesión del Cachorro a la misma hora en Sevilla? ¿Es pueblo el colegio cardenalicio reunido para elegir un nuevo papa? ¿Y la multitud reunida en la plaza de san Pedro esperando su decisión?

El Concilio Vaticano II no define lo que es la religiosidad, pero puede ayudarnos a entender de qué se trata cuando habla del *ejercicio de la religión*: "Consiste, sobre todo, en los actos internos, voluntarios y libres, por los que el hombre se ordena directamente a Dios: los actos de esta naturaleza no pueden ser ni mandados ni prohibidos por ninguna potestad humana" (DH 3c). Evidentemente no se está refiriendo a la religiosidad

popular, sino al derecho a profesar y manifestar la propia religión; pero sí es importante observar que se trata de actos internos, voluntarios y libres. La religiosidad es una actividad *interior* del ser humano —es, por tanto, vivencia, actitud y sentido—; *voluntaria*, es decir, supone una decisión del hombre, una elección; y es *libre*, por consiguiente, espontánea, no sujeta a trabas externas. Esta idea es completada con otra igualmente importante: "La misma naturaleza social del hombre exige que éste manifieste externamente estos actos internos, que se comunique con otros en materia religiosa y que profese su religión de modo comunitario" (*ibíd*). La religiosidad es, por tanto, una actividad interior que se manifiesta *externamente*, que reclama un lugar en la *sociedad* y que se vive en el seno de una *comunidad*.

Es una distinción lógica, habida cuenta del contexto en que se habla —el decreto sobre la libertad religiosa—, y esclarecedora, si la aplicamos al tema que nos ocupa, porque significa que, en asuntos de religión, una cosa es lo oculto —que es interno, voluntario y libre— y otra, lo manifiesto —que es externo, social y comunitario—. Esta distinción me hace pensar que no podemos abordar el tema desde un pensamiento dual, sino polar. Porque el primero establece diferencias, separa y, en cierta manera, enfrenta, mientras que el segundo complementa, integra y aún. Sólo desde ahí podremos hacer una valoración objetiva y constructiva de la religiosidad popular.

Son dos, por tanto, los polos que sostienen la religiosidad. Uno es interno y —como todo lo interno— está configurado por sentimientos, pensamientos y actitudes. Gracias a ello tenemos un pensamiento religioso, una emoción religiosa y un estilo de vida inspirado en ese pensamiento y esos sentimientos. El otro polo es externo y está configurado por la expresión —ritual, artística, etc.—, por el carácter social y por el sentido comunitario.

A pesar de ser una de las leyes que mueven el universo, el equilibrio —el resultado del encuentro entre dos fuerzas contrapuestas: una activa y otra pasiva— no suele ser un rasgo frecuente en las realidades humanas. Lo habitual es que nos inclinemos a un lado e ignoremos el otro. Cuando la religiosidad se centra en la interioridad, el protagonismo lo tiene el elemento dogmático —la verdad— y da lugar a una religiosidad intelectualista en la que el magisterio de los jerarcas y la reflexión de los teólogos poseen una autoridad suprema e indiscutible. La ortodoxia —en el pensamiento, en la expresión y en la conducta— se convierte en el criterio

determinante del discernimiento. Si, por el contrario, la religiosidad se centra en lo exterior, en la manifestación, entonces el rito, la costumbre y lo social adquieren ese protagonismo y el criterio de discernimiento es la tradición particular de un grupo o de un lugar. Yo diría que la religión institucional está anclada en el polo primero, mientras que la popular lo está en el segundo.

De todo lo anterior podemos deducir el que —a mi juicio— debe ser el *primer criterio* que ha de inspirar nuestra reflexión: *no busquemos dónde está el desacuerdo, sino dónde se produce el encuentro*. Sólo si localizamos los puntos de encuentro podremos superar las divergencias y podremos llevar a cabo la evangelización de y desde la religiosidad popular.

2. *Religiosidad institucional y religiosidad popular*

Si esto es real, necesitamos entenderlo para situarnos con objetividad ante el hecho y poder trazar vías de encuentro. Luis Maldonado dice que es mérito de la Iglesia latinoamericana haber *levantado la liebre* de la religiosidad popular y haberlo hecho con una intuición extraordinariamente certera, sugerente y fecunda: la de presentarla como la síntesis concreta, histórica, de la fe cristiana y la cultura de cada pueblo, por tanto, como resultado de una inculturación o, más exactamente, de una evangelización inculturizada¹.

Siendo esto cierto, sin embargo puede inducir a un error de enfoque en el abordaje del problema. Es cierto que en América Latina la evangelización echa sus raíces en la cultura y religión de los pueblos descubiertos, de manera que la religiosidad que surge es el resultado de una síntesis peculiar entre la fe cristiana y la cultura de esos pueblos, entre el cristianismo y las religiones indígenas, que, también hay que decirlo, a veces es más sincretismo que inculturación. Pero no es ésa la situación de la vieja Europa y de España en concreto, donde la cultura actual crece sobre el *humus* cristiano.

Creo que el análisis que conviene hacer debe ahondar más bien en la génesis de las formas religiosas que el pueblo ha asumido como propias frente a las formas religiosas oficiales o institucionales. Jesús Ángel

¹ Cf. L. Maldonado, *Para comprender el catolicismo popular* (Estella, Verbo Divino, 1990) 19.

Barreda, en su artículo "Valoración de la religiosidad y costumbres populares en orden a la evangelización"², distingue entre religiosidad popular y religiosidad institucional. No pretende establecer contraposición entre ambas, pero sí reconoce que es frecuente el divorcio entre el pensamiento católico y la piedad popular, con consecuencias negativas para ambas partes.

Es un hecho que la Iglesia oficial —la iglesia jerárquica y clerical— se preocupa y se ocupa de modo casi obsesivo por la ortodoxia del mensaje, de su expresión y de la vivencia del mismo, es decir, por la ortodoxia del dogma, de la liturgia y de la moral. Esto ha dado lugar a una comprensión de la fe que ha ganado en profundidad y en amplitud. Pero el pueblo de Dios sólo se ha beneficiado de ello parcialmente. Tenemos que reconocer con sinceridad y humildad que no hemos sabido transmitir al pueblo el avance logrado. Debido a ello se ha producido un distanciamiento creciente entre los pastores y el rebaño a ellos confiado. Creo que tenemos que hacer un serio examen de conciencia de dos errores cometidos: uno el haber impuesto al pueblo los cambios derivados de los nuevos planteamientos sin haberlo formado antes para hacerle comprender esos cambios (pensemos cómo se llevó a cabo la reforma litúrgica, por ejemplo). Hemos olvidado algo tan elemental como el proceso de la conversión que aparece en el Nuevo Testamento: el cambio de la mente —una nueva comprensión de la realidad— da lugar al cambio de las actitudes —una nueva vivencia de la misma—; y éste, a su vez, se manifiesta en un cambio de costumbres —una nueva forma de vivir—. El cambio sólo es firme cuando incluye los tres niveles. El proceso lógico va de la mente al corazón y de éste a la conducta. También cabe empezar el proceso por la conducta si se continúa en el corazón y se completa en la mente. Pero —y éste puede haber sido nuestro error—, cuando se impone el cambio en el tercer nivel sin haberlo propiciado en los dos primeros, sólo se consigue un cambio superficial y, por tanto, temporal. La parábola del mal espíritu que vuelve con siete compañeros a ocupar la casa de la que había sido expulsado (Mt 12,43-45) ilustra atinadamente este punto. Cuando un mal espíritu es expulsado, si el corazón no es ocupado por un espíritu bueno, las cosas vuelven a ser como al principio y aun peores.

² *Recollectio* 20 (1977) 49-50.

El segundo error es habernos distanciado del pueblo, porque —siendo honestos— hay que reconocer que no es el rebaño el que se ha alejado de los pastores, sino los pastores los que se han alejado del rebaño. El problema no es que no hable nuestro lenguaje, sino que nosotros no hablamos el suyo. La consecuencia ha sido que ha creado sus propios dogmas, sus expresiones y su moral. No hay más que consultar cualquier estudio sociológico sobre la situación religiosa de nuestra sociedad para comprobar que esto es así.

Algo de esto aparece ya en la *Evangelii nuntiandi* —primer documento en el que se aborda directamente el tema—. En el n. 48a, Pablo VI habla de unas manifestaciones religiosas del pueblo diferentes de las manifestaciones religiosas regladas por la jerarquía. Lo que no apunta el Papa —tal vez porque entonces no era un problema tan grave ni evidente— es que esta diferencia afecta también al dogma y a la moral. Creo que haber dejado al pueblo solo en su búsqueda ha sido un grave error pastoral que ha dado lugar a las deformaciones apuntadas por el Papa en el tercer párrafo de ese número, cuando habla de sus límites: "[La religiosidad popular] está expuesta frecuentemente a muchas deformaciones de la religión, es decir, a las supersticiones; se queda frecuentemente en un nivel de manifestaciones culturales, sin llegar a una verdadera adhesión de fe; puede incluso conducir a la formación de sectas y pone en peligro la verdadera comunidad eclesial" (EN 48c). Puebla 1979 es plenamente consciente de esto cuando define la religiosidad popular como: "El conjunto de hondas creencias selladas por Dios —nivel dogmático—, de las actitudes básicas que derivan de esas convicciones —nivel moral— y de las expresiones que las manifiestan —nivel litúrgico—" ³.

Creo que los pastores debiéramos meditar y hacer examen de conciencia sobre nuestra postura ante la manera de vivir el pueblo la religión a la luz de las actitudes pastorales de Jesús. La parábola de la oveja perdida formula un principio que no debemos olvidar: "No es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda ni uno solo de estos pequeños" (Mt 18,14). La crítica que el Señor hace del templo y de sus riquezas (Lc 19,45-46) no le impide reconocer el valor de la limosna entregada por una pobre viuda (Lc 21,1-4). Su diferente actitud ante la religiosidad de la gente sencilla y ante la religiosidad oficial, representada por los escribas

³ Documento de Puebla, 444.

y fariseos, se pone de manifiesto sobre todo en el trato con los pecadores y en el enfrentamiento con los que se consideraban únicos representantes legítimos de la religión de los padres. Jesús no critica la religiosidad del pueblo —del que se compadece porque lo ve como un rebaño sin pastor (Mt 9,36)—. Su crítica se dirige a la religión oficial centrada en el templo. No digo con ello que justifique y mantenga los errores del pueblo; digo que ante éste lo que siente el buen pastor es compasión. No debemos olvidar, en nuestra reflexión, que el objetivo último de nuestra tarea, de la labor de los pastores y de la jerarquía eclesial es siempre el bien del pueblo de Dios, un pueblo que puede estar equivocado, confundido y desorientado, pero que no por ello puede dejar de ser amado. El pueblo de Dios sabe muy bien que una cosa es corregir y otra amar, una es la exigencia y otra la bondad. Tolerancia la exigencia y la corrección, pero sólo si percibe tras ella amor y bondad. Si, por el contrario, percibe prepotencia y desprecio, se rebelará.

El *segundo criterio* que ha de regir nuestra búsqueda ha de ser *el celo pastoral*. No se trata de plantear una guerra entre bandos. Se trata de buscar el bien del pueblo de Dios, y para ello es necesario acercarse a él, comprenderlo y acompañarlo. Sólo así podremos conducirlo y evitaremos oír contra nosotros la voz de Jeremías: "Dispersasteis mis ovejas, las expulsasteis, no les echasteis cuenta... Les daré pastores que las pastoreen para que no teman, ni se espanten, ni se pierdan" (Jr 23,2-4).

3. *La fuente de la religiosidad popular*

Llegados a este punto nos preguntamos dónde se inspira el pueblo cuando crea su religiosidad, cuáles son sus fuentes. Creo que la respuesta es apuntada por Juan Pablo II en el discurso a los obispos de Lombardía⁴. En dicho discurso, el Papa define la cultura popular como *el conjunto de principios y valores que constituyen el ethos de un pueblo*.

Anteriormente, en un documento oportuno, denso y clarificador, los obispos del Sur habían abordado el tema. En *El catolicismo popular en el Sur de España* (1975) abordan las raíces de la religiosidad popular y apuntan lo siguiente: "Bajo todas las construcciones religiosas, sean primitivas o modernas, hay siempre un sustrato de religiosidad primordial y originario, que está en la radical condición de la existencia humana y en

⁴ *L'Osservatore Romano*, 14-02-1982.

los cimientos mismos de la vida colectiva de la Humanidad" (6.1). Y más adelante añaden: "La religiosidad popular auténtica hunde sus raíces en las realidades de fondo de la existencia: la vida, la muerte, el amor, el sufrimiento, la alegría, el poder, el trabajo, el tiempo, etc. Y en su aspecto ético se nutre siempre de vivencias colectivas de los grandes valores humanos: la libertad, la verdad, la solidaridad, la justicia, la dignidad personal, los derechos y deberes básicos, etc." (6.2).

¿Dónde se inspira, por tanto, el pueblo? En la religiosidad primordial y originaria, presente en la misma naturaleza humana, en las realidades existenciales y en los valores humanos colectivos. El *ser*, la *vida* y los *valores*, ésas son las fuentes de inspiración del pueblo. Si queremos evangelizar la religiosidad popular y evangelizar desde la religiosidad popular, tenemos que conectar con estas mismas realidades. El principio de la encarnación ha de conducir nuestra labor pastoral. Ya en el Antiguo Testamento aparece la figura de Moisés como el hombre que vuelve a Egipto para acompañar al pueblo en su liberación y servirle de guía a través del desierto. Pero es sobre todo Jesucristo quien consagra este principio. Él es el Hijo de Dios que se vacía de sí y se hace semejante al hombre hasta la muerte en la cruz, gracias a lo cual es exaltado y constituido Señor (Flp 2,6-11). Pablo recoge este himno de la Iglesia primitiva para ilustrar un principio de convivencia que es perfectamente aplicable a la pastoral: "No hagáis nada por ambición o vanagloria... Que nadie busque su interés, sino el de los demás" (vv. 3-4).

Tenemos así el *tercer criterio* que ha de guiar nuestra búsqueda: *el compromiso*. No podemos servir al pueblo de Dios en su proceso de crecimiento en la fe situándonos al margen ni enfrente de él. Es necesario comprometerse con su vida, ser parte de ese pueblo, compartir sus gozos y sus esperanzas, sus tristezas y sus angustias (cf. GS 1), que si esto vale para los de fuera ¡cuánto más para los de dentro!

4. *Los elementos de la religiosidad popular*

Una vez que hemos visto dónde se inspira el pueblo, pasemos a preguntarnos con qué construye su propia religiosidad. Se trata de hacer presentes los elementos que configuran la religiosidad popular a diferencia de la institucional o, si se prefiere, de determinar su naturaleza. Son de tres tipos.

a) Precristianos.

Los obispos del Sur, en el documento antes citado, afirman que, junto a elementos genuinamente católicos, se dan en el catolicismo popular ciertos modos de interpretarlos y de vivirlos que revelan rasgos heredados de las religiones que han existido en esa tierra (cf. n. 5). Hay, por tanto, *elementos precristianos*, es decir, elementos tomados de una religiosidad ancestral que ha sobrevivido a todo intento de cristianización utilizando como mecanismo el *camuflaje*. La forma es cristiana, pero el fondo y el contenido son precristianos. Pensemos en las fiestas relacionadas con los ciclos de la naturaleza en las que lo dionisiaco está muy presente. Una cruz de flores en mayo tal vez sólo sea la cristianización de las fiestas de primavera en que se celebra el despertar de la naturaleza. La figura de María, en este mismo contexto, puede evocar la relación con la madre primordial.

Esto no significa que se haya dado un proceso de perversión de lo religioso, ni implica una valoración negativa del hecho en sí. Simplemente lo apunto como algo que no se debe olvidar para comprender el fenómeno y buscar la conexión con la catequesis. La evangelización no puede ignorar las vivencias más profundas del hombre de todos los tiempos, vivencias que hunden sus raíces en la misma naturaleza humana, creada por Dios. No se puede evangelizar despojando al ser humano de sus vivencias más auténticas. Sería como entender que la evangelización ha de ir precedida de deshumanización.

b) Cristianos.

Evidentemente también hay *elementos de verdadera fe cristiana*, no puramente superficiales. Dicen los obispos del Sur: "En nuestro catolicismo popular aparece, ante todo, la presencia básica y decisiva de elementos de verdadera fe cristiana. Es cierto que, con frecuencia, los hallamos deformados, incipientes o sin madurez y que los modos subjetivos con que los entiende esa fe popular no coinciden perfectamente con los contenidos revelados y requieren una profundización catequética. Pero, no obstante, se trata de verdadera fe en Cristo y no tan sólo de anticipaciones preevangélicas, que estuvieran revestidas de manera puramente externa con imágenes cristianas o que hubieran cristalizado con el tiempo en tradiciones populares de apariencia cristiana" (*ibíd.*, 4).

La celebración del misterio de la cruz en la Semana Santa no puede entenderse utilizando claves míticas —el dios que muere y resucita—, como si se tratara de la cristianización del mito de Osiris o recurriendo a filosofías ajenas al pensamiento occidental, como el budismo, el taoísmo o el Islam. Evidentemente, el pueblo proyecta en estas celebraciones su filosofía de la vida y de la muerte, pero lo hace a partir del misterio de Cristo muerto y resucitado. La Dolorosa que lo acompaña es la madre de Jesús, a la que acude el pueblo pidiendo su protección; por eso el manto que la cubre es largo, desborda el paso y está enriquecido con bordados.

Los defectos y los límites de la religiosidad popular no justifican una postura de rechazo global porque también estaríamos rechazando sus elementos cristianos. La parábola de la cizaña (Mt 13,24-30) nos advierte que no se debe arrancar el trigo con las malas hierbas. Es necesario *el discernimiento*. Éste sería el *cuarto criterio* que ha de orientar la reflexión pastoral sobre el tema.

c) Culturales.

Hay también *elementos culturales* propios de cada zona. Entendemos la cultura como la entiende el Concilio Vaticano II:

Todo aquello con lo que el hombre perfecciona y desarrolla sus diversas facultades espirituales y corporales; se esfuerza por someter a su dominio el orbe de la tierra mediante el conocimiento y el trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres y de las instituciones; finalmente consigue expresar, comunicar y observar, en sus obras a lo largo del tiempo, sus grandes experiencias espirituales y aspiraciones; para que puedan servir de provecho a muchos; más aún, a todo la humanidad (GS 53b).

Es aquí donde podemos hablar de inculturación de la fe. A este respecto conviene recordar lo que dice el DGC:

No es una mera adaptación externa que, para hacer más atrayente el mensaje cristiano, se limita a cubrirlo de manera decorativa con un barniz superficial. Se trata, por el contrario, de la penetración del Evangelio en los niveles más profundos de las personas y de los pueblos, afectándoles de una manera vital, en profundidad y hasta las mismas raíces de sus culturas (n. 109b).

Se da una especie de retroalimentación, dado que el evangelio crea formas culturales y la cultura suministra formas al evangelio.

Evidentemente, estos elementos son exteriores y no afectan a lo esencial, pero no olvidemos que, del mismo modo que el pensamiento se expresa necesariamente en una lengua determinada, así también las realidades profundas necesitan mediaciones históricas para ser y expresarse. La experiencia religiosa —tanto la popular como la institucional— necesita medios humanos para existir y comunicarse. El discernimiento del que antes hablábamos es el arte de ver lo diferente en lo uno y la unidad en lo diferente sin confundir ambas cosas.

II. EL CONCEPTO

Necesitamos fijar el concepto, tratar de definir lo que entendemos por religiosidad popular para partir de una base común que evite equívocos y facilite el diálogo.

Gómez Guillén⁵ recoge algunas definiciones, como la de Pablo VI, que prefiere hablar de *piEDAD popular* y la entiende como el conjunto de expresiones particulares de búsqueda de Dios y de la fe que, bien ordenadas, pueden ser para las masas populares un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo (EN 48); o la de Puebla 1979, que la describe como el conjunto de hondas *creencias* selladas por Dios, de las *actitudes* básicas que de esas convicciones se derivan y las *expresiones* que las manifiestan, así como la forma *cultural* que la religión adopta en un pueblo determinado (n. 444); o la definición de la Comisión Episcopal de Liturgia, como el modo peculiar que tiene el pueblo, es decir, la gente sencilla, de *vivir* y *expresar* su relación con Dios, con la Santísima Virgen y con los santos, que se encuadra en el *ámbito privado e íntimo* y que comporta además una *dimensión comunitaria y eclesial*⁶.

He de decir, con toda sinceridad, que no creo posible hacer una definición que satisfaga a todos, o, al menos, yo no me siento capaz. Creo más útil describir los rasgos que la configuran entre nosotros. No me refiero a la religiosidad popular tal como se vive y entiende en América

⁵ *Religiosidad popular. Aproximación teológica y pastoral* (Sevilla 1997) 31.

⁶ *Evangelización y piedad popular* (1987).

Latina, sino a la religiosidad popular tal como la viven nuestras gentes. Esta propuesta de rasgos no pretende —evidentemente— ser ni perfecta ni exhaustiva; sólo quiere ser un punto de partida.

Meslin⁷ nos proporciona los tres primeros elementos. Él entiende la religiosidad popular como una búsqueda de relaciones con lo divino más sencilla, directa y rentable que la religiosidad institucional. Es cierto —como indica Maldonado⁸— que entiende la religiosidad popular como un fenómeno reactivo, pero su apreciación me parece muy objetiva.

1. *Sencillez teológica*

El primer rasgo es la *sencillez teológica*. En la religiosidad popular hay, si no una reacción, sí un distanciamiento del dogmatismo, de la conceptualización teológica propia del clero. El pensamiento religioso del pueblo es muy simple. Traduce el dogma a un lenguaje construido sobre la base de realidades existenciales. Para nosotros, María es la madre del Señor; mientras que para un almonteño, la Virgen del Rocío es *la Señora*, porque ella está por encima de todo. Para nosotros, el núcleo de la Pascua es la resurrección. Para el miembro de una hermandad, lo verdaderamente importante es la pasión y muerte. Este distanciamiento teológico entre el pueblo y el clero explica que un costalero, por ejemplo, se entrene durante meses para sacar a hombros un paso y no crea en la resurrección o en la divinidad de Jesucristo.

2. *Rechazo de intermediarios*

El segundo rasgo es la búsqueda de *relaciones directas con lo divino*. Se desconfía, se rechaza o, al menos, se prescinde del estamento oficial de la Iglesia, de los intermediarios, es decir, del clero. Hemos de reconocer que la realidad está muy lejos de entender a la Iglesia desde la eclesiología de comunión del Concilio Vaticano II: como pueblo de Dios, como cuerpo de Cristo en el que los diversos miembros se reparten las funciones en beneficio del conjunto. Todavía seguimos siendo una Iglesia clerical en la que una minoría activa posee todos los carismas y asume la función

⁷ "Le phénomène religieux populaire", en B. Lacroix / P. Boglioni (eds.), *Les religions populaires* (Québec 1972) 2-16.

⁸ *O. c.*, 16.

dirigente, y una mayoría pasiva es dirigida. Evidentemente, la situación no es la anterior al Vaticano II, pero tampoco es la que el Vaticano II pretendió. El problema es que, en otros tiempos, el pueblo asumía pacíficamente su papel de súbdito; pero hoy el pensamiento democrático y el aprecio de los derechos humanos hace que reclame un mayor protagonismo. Dado que el clero no parece dispuesto a renunciar al control total de la mediación, el pueblo crea sus propias mediaciones y sus propios mediadores. Esto da lugar a la radicalización de las posiciones que, a su vez, origina divisiones y enfrentamientos dentro del clero —entre partidarios y detractores— y entre el clero y las asociaciones de fieles. Es esta fobia hacia el mediador lo que explica las frecuentes tensiones entre los responsables de hermandades y cofradías y los responsables de la pastoral, tanto en el nivel parroquial como en el diocesano. No es infrecuente el caso de aquellos que ven con desconfianza toda opinión o sugerencia venida del clero porque piensan que necesariamente ha de ser contraria a sus intereses.

3. *Rentabilidad*

El tercer rasgo de la religiosidad popular es la *rentabilidad*. El pueblo crea expresiones religiosas para lograr algo, para satisfacer una necesidad. Si el rito oficial no lo hace, se crea un rito popular. Para nosotros, la imagen es un símbolo, una mediación; pero el pueblo necesita tocarla y pasar por el manto sus medallas. Si se quiere que un negocio vaya bien, hay que colocar un San Pancracio con una rama de perejil. Evidentemente se trata de un pensamiento mágico, de superstición y hasta de fanatismo. Pero el problema no se resuelve con la negación y el rechazo, sino con una auténtica educación del sentido religioso, donde la fe configura la actitud ante los problemas de la vida desde la confianza en un Dios que es Padre misericordioso y quiere lo mejor para sus hijos, sin que sea necesario recurrir al dominio de las fuerzas sobrenaturales por medio de rituales mágicos o cercanos a la magia.

Israel en el desierto, cuando desapareció el mediador, necesitó simbolizar a su Dios y se hizo construir un becerro de oro (Ex 32); tal vez, a la luz de esta debilidad, el mismo Dios mandó fabricar una serpiente de bronce para garantizar la salud del pueblo (Nm 21,4-9). No se trata, evidentemente, de transigir con el fanatismo o la magia y menos aún con

una cierta mentalidad idolátrica. Pero la asepsia de nuestros rituales y de nuestra liturgia no parece ser buen alimento para el pueblo de Dios.

4. *Prevalencia del símbolo y de la imagen*

Unido a lo anterior está otro rasgo importante de la religiosidad popular: la *prevalencia del símbolo y de la imagen*. También en esto tenemos nuestra parte de responsabilidad. Cuando el pueblo no sabía leer ni escribir, la catequesis entraba por los ojos. Esto ha dado lugar a expresiones artísticas insuperables de las que la Iglesia tiene numerosas muestras. ¿Acaso la Capilla Sixtina o el retablo de la catedral de Sevilla no son verdaderos tratados de teología? Lo mismo hay que decir de los catecismos para indígenas en la evangelización de América. Pero no sólo esto. Lo sobrenatural es inefable y lo inefable sólo se puede expresar con la poesía y el símbolo. Una religiosidad polarizada en el dogma infravalora ambas cosas y no debería ser así. De hecho, la historia de la teología ofrece muy buenos ejemplos de teólogos que también fueron poetas. Pero no suele ser frecuente. Escribimos tratados teológicos que el pueblo no lee y despojamos a las iglesias de las imágenes, que son lo único que el pueblo entiende y ante lo que se emociona. Ese pueblo expresa con símbolos lo que nosotros decimos con palabras. No es sorprendente que no entienda nuestro lenguaje, pero sí lo es que nosotros no entendamos el suyo.

5. *Emotividad*

El siguiente rasgo es la *emotividad*. Deudores en gran parte del cartesianismo, que define al hombre como ser pensante, hemos relegado a un nivel inferior el mundo de los sentimientos y las emociones, como concesión a una religiosidad de segunda categoría, de segundo orden. Tal vez sea nuestra condición de célibes lo que, al poner en cuarentena la afectividad, nos lleva a temer los sentimientos y la expresión de los mismos, de ahí que los despreciemos calificándolos de sensiblería. Pero el hecho es que, después de la obra de Goleman —*Inteligencia emocional*—, esta postura está siendo cuestionada. El pueblo hace mucho que lo hizo. No podemos ignorar la fuerza del sentimiento religioso, su valor y sus exigencias. La transformación de la persona pasa necesariamente por el mundo de los sentimientos: ¿por qué ha de ser distinto en lo religioso? La experiencia religiosa es experiencia vivida por el hombre completo y, por

tanto, ha de afectar a cada una de sus dimensiones, una de las cuales es la capacidad de emocionarse ante la realidad.

6. *Carácter celebrativo y estético*

Íntimamente relacionado con la emotividad hay que situar el *carácter celebrativo y la dimensión estética*. La religiosidad popular es esencialmente celebrativa. Se emplea mucha energía en la puesta en escena. Esto significa que se da una gran importancia a lo estético, a lo teatral. Posiblemente sea éste uno de los puntos de fricción más candentes entre el clero y el pueblo. Porque la escenificación de lo religioso supone grandes dispendios de dinero, tiempo y energía y no parece que esté justificado emplear tantos medios en cosas tan secundarias. Para compensar esto se ha intentado introducir el compromiso social en forma de obras a favor de los necesitados. Pero hay que reconocer que esto no deja de ser un paliativo —por otra parte no tan generalizado— para evitar críticas. El problema es que la liturgia es drama sacro y en la puesta en escena hay también un componente estético que exige medios. ¿Acaso no es así en cualquier misa celebrada en la Plaza de san Pedro? El pueblo lo que hace es radicalizar este elemento y llevarlo a los extremos que le permiten sus posibilidades. Tenemos que preguntarnos qué está ocurriendo para que el pueblo sencillo critique, por ejemplo, las riquezas de la Iglesia y defienda las de su hermandad; para que vea con malos ojos el tesoro artístico de las catedrales y se emocione con las joyas que luce su patrona. ¿No será que a ésta la siente como propia y a lo otro como ajeno?

7. *Carácter festivo y folclórico*

Otro elemento importante es su *carácter festivo y folclórico*. El pueblo acude a la religiosidad ya sea para liberarse del sufrimiento ya sea para gozar de la fiesta. Debido a esto ocurren no pocos excesos que chocan con la moral y el pensamiento cristiano. No sería justo generalizar. Yo diría que están presentes sobre todo en aquellas celebraciones que se relacionan con los ciclos de la naturaleza y la celebración de la vida, como romerías, bautizos, bodas... Evidentemente no podemos justificar la inmoralidad, pero sí debemos entenderla desde las necesidades más profundas del ser humano. Nuestra misión debe ser interpretar el trasfondo de la demanda para responder a ella del modo más adecuado. No sería ni sensato ni

pastoral negar la demanda, porque eso significa dejar al pueblo solo en su búsqueda.

8. *Importancia de lugares, objetos y tiempos*

El siguiente rasgo es la *relación con lugares, objetos y tiempos*. Es una religiosidad anclada en la vida, en lo concreto y en lo cósmico. Los lugares privilegiados son los *santuarios*, en su mayor parte dedicados a la Virgen. En éstos cabe distinguir entre los que están regidos por el clero, en los cuales la religiosidad oficial prevalece sobre lo popular (v. g. Montserrat) y los regidos por hermandades, en los cuales prevalece lo popular sobre lo oficial (v. g. el Rocío). Tanto en unos como en otros ¿qué es lo que busca el pueblo? Ante todo, el encuentro con la *imagen*, es decir, con el símbolo que representa la devoción. Sin ella, el lugar pierde protagonismo y valor, como ocurre en el Rocío cuando la Virgen es trasladada a Almonte y permanece un año en la ciudad. Durante ese período de tiempo la aldea se eclipsa y la vida del pueblo gira toda ella en torno a la imagen. El ritmo de las actividades lo marcan las *fiestas*. El tiempo no es un dato irrelevante, sino el elemento determinante. Pensemos, por ejemplo, en la Semana Santa y en la romerías.

Lugar, objeto y tiempo (santuario, imagen y fiesta) sólo son los elementos a través de los cuales se expresa algo más profundo: la pertenencia a un determinado grupo. Es la satisfacción de la necesidad de pertenencia de la que habla Maslow como una de las necesidades fundamentales del hombre. Son medios a través de los cuales el pueblo expresa su sentido comunitario, su identidad colectiva. Esto explica el esfuerzo por defender la tradición, el embellecimiento del lugar y el enriquecimiento de la imagen. El pueblo regala a la imagen sus joyas para que las luzca y entrega copiosos donativos para la mejora y el cuidado del lugar.

9. *Integración de la cultura*

Otro de los elementos es la *cultura*. Es un elemento de segunda categoría, pero de gran presencia. Unidos a los símbolos se conservan costumbres, cantos, ritos, indumentarias, danzas, etc. que, de no ser así, se habrían perdido. El pueblo se aferra a estos elementos y los conserva en un acto de verdadera tradición viva, que le lleva a rechazar con gran fuerza cualquier cambio. "Siempre ha sido así" es el mayor argumento,

por no decir el único, para rechazar innovaciones y exigir la fidelidad a lo heredado.

10. *Expansión*

El último elemento es de carácter sociológico. Es un hecho que la religiosidad popular, a diferencia de la institucional, está *en pleno proceso de expansión*. Ya lo advirtieron los obispos del Sur en 1985.

Lo nuevo en nuestra región quizá sea la revitalización y el auge que se está dando en todas las expresiones del catolicismo popular, pero de manera especial en las celebraciones de la Semana Santa, en las romerías y fiestas patronales... Buena parte de esa novedad se hace visible en el gran número de asociaciones religiosas y culturales que vienen surgiendo en torno a determinadas manifestaciones concretas del catolicismo popular. Pero más llamativo todavía resulta el interés de los jóvenes⁹.

En algunos lugares aparecen manifestaciones que constituyen un auténtico desafío a la religiosidad institucional: hermandades de penitencia sin aprobación oficial, romerías que empiezan como fiestas en el campo y luego se institucionalizan en torno a una imagen, hermandades filiales con relación a una hermandad matriz vinculada a un santuario, etc.

Los obispos del Sur hablaron ya en 1975 de los nuevos signos de la religiosidad popular y advirtieron que ignorar el alcance de estos nuevos fenómenos y las repercusiones o las perspectivas pastorales que se abren con ellos sería tanto como no entender el futuro¹⁰. El realismo pastoral nos obliga a reconocer el hecho de la religiosidad del pueblo de Dios, su importancia para el mismo y la función que desempeña en su vida. Que las cosas no sean como nosotros creemos que deben ser no justifica que actuemos de espaldas a esa realidad.

⁹ *El catolicismo popular. Nuevas consideraciones pastorales* (1985) 16.

¹⁰ *El catolicismo popular en el Sur de España*, 12.2.

III. ACTITUDES DEL EVANGELIZADOR ANTE EL FENÓMENO DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR

Las actitudes con las que debemos afrontar el hecho han de inspirarse en el principio formulado por Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*:

Queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo... (EN 14).

Este principio ha de ser completado con otro de Pablo que ahonda en el espíritu de todo apóstol: "Anunciar la buena noticia no es para mí motivo de orgullo, sino obligación que me incumbe. ¡Ay de mí si no la anuncio!... Me hice débil con los débiles para ganar a los débiles. Me hice todo a todos para salvar como sea a algunos" (1 Cor 9,16.22).

Se trata de evangelizar a un sector importante del pueblo de Dios —el más débil y numeroso— y de hacerlo desde la necesidad interior de anunciar a todos el evangelio.

1. *Caridad pastoral*

La primera actitud que se deriva de estos presupuestos está indicada por Pablo VI en el documento antes citado. Dice el Papa en el número dedicado a la piedad popular: "La caridad pastoral debe dictar, a cuantos el Señor ha colocado como jefes de las comunidades eclesiales, las normas de conducta con respecto a esta realidad, a la vez tan rica y tan amenazada" (EN 48). La conducta de los pastores debe estar guiada en todo momento por la caridad pastoral, que es tanto como decir por el deseo de buscar siempre y de la mejor manera posible el bien del pueblo. El Papa no se limita a indicar esta actitud, sino que explica cómo la entiende: "Ante todo hay que ser sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables, estar dispuesto a ayudarla a superar sus riesgos de desviación". Lo primero es sensibilidad: no ser impermeable a la experiencia en sí, dejarse impactar por ella; luego ser capaz de ver en profundidad, más allá de la apariencia y de las formas, lo que se

esconde como valor permanente; y, finalmente, celo pastoral para ayudar al pueblo a superar sus desviaciones. Una fina sensibilidad, una mirada profunda y un amor auténtico a aquellos que el Señor nos ha encomendado. El evangelizador no puede ignorar el modo en que el pueblo expresa sus sentimientos religiosos más profundos, aunque no esté en consonancia con lo que consideramos el espíritu genuinamente cristiano.

A la caridad pastoral se opone una actitud que se da en no pocos clérigos y agentes de la evangelización: el de la pastoral de elite, es decir, atender casi exclusivamente a individuos y grupos más adelantados, conscientes y comprometidos, mientras se soporta y desprecia la religiosidad del pueblo sencillo. No parece que sea ése el criterio subyacente en la parábola de la semilla, que invita a anunciar la palabra incluso en aquellos ambientes de los cuales no cabe esperar nada (Mt 13,4-9), y en la del buen pastor (Mt 18,10-14), para el que la oveja predilecta es precisamente la perdida. No se puede despreciar ni maltratar a la oveja perdida, sino que hay que salir a buscarla y tratarla con mucho cariño para que vuelva al redil.

2. *Respeto*

La segunda actitud se relaciona directamente con la anterior y es propuesta por los obispos del Sur en el documento *El catolicismo popular en el Sur de España* (6.5). Es el *respeto al pueblo*. Dicen los obispos:

Sin duda que las expresiones y manifestaciones actuales de nuestro catolicismo popular necesitan y urgen purificación y una más seria educación en la fe evangélica y eclesial. Ahora bien, esa fe de la Iglesia ha de ser propuesta de un modo tan vivo y tan humano que pueda asumir, colmar y trascender los más hondos y sinceros sentimientos de la religiosidad popular, en vez de asfixiarlos bajo formas de expresión de la fe que puedan ser artificiales o inadecuadas.

Creo que este párrafo es muy iluminador: hay, antes que nada, una invitación al realismo y la objetividad: las expresiones de la religiosidad popular necesitan ser purificadas y evangelizadas. No se puede perder el norte y caer en una defensa a ultranza de la religiosidad popular o en un ataque sin concesiones a la misma. Los forofos tienen que ser más críticos y los críticos, más objetivos. Por otra parte, no sorprende esta postura porque la pérdida del sentido crítico se da en otras realidades eclesiales.

Hay una tendencia a absolutizar las propias opciones y planteamientos, olvidando que en la Iglesia todo es revisable menos las Escrituras.

Tras esta primera observación, los obispos exponen el criterio con que ha de ser presentada la fe de la Iglesia: *ha de hacerse de un modo vivo y humano*. No se puede evangelizar al pueblo cristiano presentando un mensaje teológicamente correcto, pero frío, distante y desencarnado. Con relación a esto conviene recordar lo que indica el DGC sobre el modo de presentar al hombre de hoy el mensaje cristiano. Citando el *Directorio* de 1971 afirma que debe orientar la atención de los hombres hacia sus experiencias más importantes y significativas (cf. n. 117).

Finalmente indican cuál debe ser la intención, el objetivo que en todo momento debe tenerse presente: asumir, colmar y trascender los sentimientos religiosos del pueblo en lugar de asfixiarlos bajo formas artificiales o inadecuadas. La responsabilidad pastoral implica un profundo respeto y amor al pueblo de Dios y no están justificadas actitudes de prepotencia que llevan a menospreciar los sentimientos más hondos de las personas y que reflejan un verdadero caciquismo eclesial. El objetivo no es ganar una batalla, sino lograr que "los símbolos y las expresiones de la experiencia religiosa popular no vengán determinados por su exclusiva iniciativa humana, sino que respondan lo más fielmente posible al modo de presencia del Misterio Cristiano en sus signos y a la iniciativa del Espíritu de Cristo y de la Iglesia". Esto es lo que realmente importa. El pueblo —como indica J. A. Barreda (*o. c.*, p. 39)— no es un objeto con el que hay que trabajar, sino el pueblo santo de Dios, tal como lo entiende la *Christifideles laici*.

3. *Espíritu crítico*

La tercera actitud es un sano *espíritu crítico*. En la *Evangelii nuntiandi* Pablo VI afirma:

La religiosidad popular, hay que confesarlo, tiene ciertamente sus límites: Está expuesta frecuentemente a muchas deformaciones de la religión, es decir, a las supersticiones; se queda frecuentemente a un nivel de manifestaciones culturales sin llegar a una verdadera adhesión a la fe; puede incluso inducir a la formación de sectas y poner en peligro la verdadera comunidad eclesial.

Pero cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores: Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer; hace capaz de generosi-

dad y sacrificio, cuando se trata de manifestar la fe; comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante; engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad, como la paciencia, el sentido de la cruz en la vida cotidiana, el desapego, la aceptación de los demás, la devoción (EN 48).

Aun admitiendo que, aquí, el Papa Montini peca de optimista, sí es cierto lo que sugiere: ninguna realidad —dentro o fuera de la Iglesia— es totalmente buena ni totalmente mala. El sentido crítico es lo que nos lleva a distinguir el trigo de la cizaña. No caben —como ya hemos visto anteriormente— actitudes dualistas que llevan a defenderla por encima de todo —como si en ella no hubiera nada corregible— o a rechazarla totalmente —como si no hubiera en ella elementos positivos—. En el clero son frecuentes estas posturas: quienes la defienden contra todo ataque o crítica y quienes la rechazan de plano. La caridad pastoral y el realismo nos obligan a discernir. En la Iglesia necesitamos —en muchos campos y temas— discutir menos y dialogar más.

El riesgo es evitar todo intento de purificación para no arriesgar la fe del pueblo o transigir con todo para conservar la adhesión de las masas. Eso puede valer en la política, pero no en la evangelización. No se puede ni suponer ligeramente que existe verdadera fe cristiana detrás de toda manifestación religiosa; ni negar arbitrariamente un contenido de fe a toda expresión religiosa que pueda estar contaminada por elementos no cristianos.

4. *Recto posicionamiento metodológico*

La cuarta actitud se refiere al modo de analizar el fenómeno: hay que adoptar una *posición metodológica correcta*. Es cierto, como se ha dicho, que la religiosidad popular sigue más la lógica del corazón que la lógica de la mente. Esto puede dar lugar a que expresiones poco lógicas muestren, sin embargo, lo mejor de la persona y manifiesten sentimientos cristianos muy profundos.

Si tenemos en cuenta que el objetivo de la evangelización en cualquiera de sus fases es —ya se ha dicho— el bien del hombre, creo que es oportuno atender a lo que la psicología dice sobre la relación de ayuda porque, al fin y al cabo, es de eso de lo que se trata. Bruno Giordani, en su obra

*La relación de ayuda: de Roger a Carkhuff*¹¹, indica las disposiciones centrales de un consejero en las diversas fases del proceso de ayuda: empatía, respeto, concreción, autenticidad, confrontación, inmediatez y autorevelación. Partiendo de aquí, yo propondría estos elementos metodológicos:

- 1) *Entrar en contacto directo con la realidad de la religiosidad popular.* Este paso está determinado por la empatía. No podemos situarnos lejos ni fuera de los hechos porque sólo desde dentro se tiene la perspectiva de la subjetividad, es decir, sólo de cerca se puede captar el lenguaje del pueblo, que es el lenguaje de los sentimientos. No se puede estudiar este fenómeno a base de papeles y documentos.
- 2) *Respetar la realidad sin pretender reformarla desde el primer momento.* El pueblo tiene que confiar en sus pastores para mostrarse libremente con la certeza de que va a ser acogido y aceptado. En un primer momento hay que evitar cualquier sentimiento y juicio potencialmente nocivo, es decir, cualquier manifestación que pueda tener un efecto restrictivo o destructivo en la conducta del pueblo.
- 3) *Observar objetivamente la realidad concreta que se trata de mejorar.* No existe una religiosidad popular en abstracto, sino que ésta es siempre concreta: la religiosidad latinoamericana no es la europea, ni la andaluza es la castellana. No se puede ir cargado de prejuicios y esquemas y pretender que la realidad se ajuste a ellos.
- 4) *Ser auténticos.* El pastor no debe ocultar sus dudas e interrogantes sobre las vivencias del pueblo. Tiene que tener la libertad de ser él mismo si quiere que la gente lo sea también. No cabe ni la insinceridad ni el disimulo. La gente sencilla capta la demagogia y la mentira y eso le lleva a replegarse sobre sí misma. Sí es importante que, al mostrarse como es, el pastor aparezca como un creyente verdadero, de ahí la importancia de la coherencia.
- 5) *Confrontar los elementos criticables.* Evidentemente no se puede hacer al comienzo del proceso, esto desataría mecanismos de defensa que lo abortaría. Pero sí es necesario hacerlo llegado el momento oportuno. Si la crítica se hace mostrando el interés por mejorar,

¹¹ (Bilbao, DDB, 1997) 255ss.

purificar y consolidar los sentimientos y manifestaciones del pueblo, y esto se hace con la caridad pastoral y el respeto antes indicados, la acogida y el beneficio para el pueblo cristiano será grande. Dicen los obispos del Sur: "Cuando la Iglesia se propone evangelizar estas realidades populares, no trata de reducirlas a moldes teóricos y prácticos para recuperar así sobre las masas un control que se hubiera debilitado, sino que trata de potenciar y de liberar su verdad y su creatividad y de ayudarles a recuperar su identidad religiosa y su más auténtico y profundo ser popular" (*o. c.*, 6.5e).

- 6) *Interpelar a las personas sobre sus vivencias*. La pregunta es un modo de inducir a la clarificación conceptual, a la toma de conciencia emocional y a la autocrítica. No se trata de humillar a las personas ni de confundirlas por sus ideas, vivencias y conductas, sino de ayudarles en el proceso de desarrollo espiritual. A este respecto creo que es muy acertada la observación de los obispos del Sur en el documento antes citado: "Muchas veces parece que la religiosidad popular está como atemorizada, reprimida y en el vacío ante las actitudes de superioridad del intelectualismo y de las críticas ideológicas o ante la aparente seguridad que muestra la indiferencia religiosa del ambiente social contemporáneo. Hay que liberar al pueblo de la angustia y complejo de inferioridad religiosa". Si no está justificado abandonarlo ante los ataques de la crítica racionalista de la religión, tampoco parece que lo esté hacerlo ante los ataques de los teólogos y de los pastores.
- 7) Finalmente, el último paso es *mostrar las propias vivencias* en un gesto de autorrevelación. Los pastores tienen que mostrar al pueblo el modo en que viven y expresan esas profundas vivencias que el pueblo expresa en la religiosidad popular. Es en este momento cuando los pastores podemos hacer propuestas de cambio y mejora en línea de compromiso.

IV. LA RELIGIOSIDAD POPULAR Y LA CATEQUESIS

En este punto es iluminador el análisis que el Comité para el Jubileo del Año 2000 hizo sobre la importancia de Cristo en la religiosidad popular en el documento del segundo año, *Jesucristo, salvador del mundo*.

1. *La religiosidad popular como realidad catequética*

Ante todo hay que reconocer y aceptar el hecho de la religiosidad popular como una realidad catequética fundamental. Al margen de que uno sea defensor o detractor, es un hecho incuestionable que la religiosidad popular es el ambiente en el que la inmensa mayoría de los fieles vive su experiencia religiosa. Más aún, es la única experiencia religiosa de los alejados. Sería un error pensar que sólo las experiencias religiosas normativas son válidas y legítimas.

Por otra parte, aceptar el hecho de la religiosidad popular como realidad catequética supone aceptar que el pueblo acoge, comprende y expresa su fe, no con las categorías de la experiencia religiosa normativa, sino con códigos propios y particulares cuyo contenido es rico en símbolos y experiencias vitales. Tal vez el problema no sea que el pueblo está lejos de las expresiones religiosas oficiales, sino que éstas están lejos de los modos de expresión del pueblo. La verdad es que sus sentimientos religiosos tienden a expresarse de modo espontáneo e informal, subjetivo, indefinido y no sujeto a fórmulas. Esto hace que caiga fácilmente o bien en expresiones cada vez más paganas y alejadas del evangelio —suele ocurrir cuando el sentido eclesial es demasiado débil— o bien en el formulismo y el ritualismo —cuando se ata excesivamente a los aspectos institucionales—. Tarea nuestra es buscar el equilibrio justo y la fidelidad necesaria¹².

2. *La religiosidad popular, humanismo cristiano*

La religiosidad popular es *globalizadora* y afecta, por tanto, a todas las esferas de la vida: ideas, conductas morales y expresiones. No podemos olvidar que, sobre todo en el Sur, la religiosidad del pueblo posee un componente estético y simbólico muy fuerte. Estos elementos se relacionan con la sensibilidad, fomentan la contemplación y se dirigen a la intuición.

Desde el punto de vista de la catequesis, este dato nos plantea un problema de método. El principio catequético formulado por san Pablo en Rom 10,17 —"la fe entra por el oído"—, en la religiosidad popular se invierte porque, en ella, la fe entra por los ojos. El proceso de la fe no es,

¹² Cf. Obispos del Sur, *El catolicismo popular* (1975) 6.5b.

por tanto, *anuncio/aceptación/expresión*, sino *expresión/aceptación/anuncio*. El itinerario clásico de la conversión: *kerigma/catecumenado/celebración* se invierte en la religiosidad popular y pasa a ser *celebración/profundización/kerigma*. Se trata de partir de lo que el pueblo expresa y celebra, ayudarle a descubrir su sentido y, desde ahí, anunciar la Buena Noticia de la salvación en Cristo.

La religiosidad popular incluye, además, creencias, comportamientos y expresiones. Entre nosotros existe la tendencia a reducirla sólo al último de estos elementos — a las expresiones: procesiones, fiestas patronales y devociones cercanas a la superstición—. Es un reduccionismo injusto. También pertenece a la religión del pueblo el modo en que afrontan los acontecimientos de la vida (nacimiento, matrimonio, enfermedad, muerte, desgracia, etc.) y el conjunto de creencias que asume. Hoy es frecuente encontrar fieles cuyo universo conceptual religioso es un verdadero sincretismo.

Posiblemente, el error de la catequesis ha sido olvidar estas otras dimensiones de la vivencia religiosa del pueblo. Hemos identificado religiosidad popular y expresiones y luego las hemos ignorado por considerarlas inadecuadas, sin darnos cuenta de que — al hacer esto — estábamos dejando al pueblo solo con sus ideas y con sus comportamientos, es decir, solo en su vivir diario. La consecuencia de esto ha sido que el abismo entre la religión *oficial* (credo, moral y sacramentos) y la religión *popular* (creencias, conductas y expresiones) se ha agrandado y ahora el puente para unirlos es demasiado largo y costoso. Será necesario caminar mucho en ambos sentidos para llegar al encuentro. Los fanáticos de la *pureza religiosa* tendrán que deponer su intransigencia y descubrir lo válido y legítimo que hay en la religión del pueblo, y los fanáticos de la *expresión popular* tendrán que reconocer y aceptar que todo es mejorable y que la tradición no es el único criterio de acción.

3. *Reeducación de la religiosidad popular*

Es necesaria una seria reeducación de la religiosidad popular. No es prudente ni bueno silenciar sus límites y peligros, sobre todo cuando se ignoran la evangelización y la catequesis. Ya lo dijo Pablo VI: "Hemos de estar dispuestos a ayudarla a superar sus riesgos de desviación" (EN 48e).

Tres son las clases de limitaciones que indica el Comité para el Jubileo del Año 2000 en el documento antes aludido: a) Los que vienen de antiguo y son atavismos de la época pagana: superstición, magia, fatalismo, idolatría del poder, fetichismo y ritualismo; b) Los que se deben a deformación catequética: arcaísmo, desinformación, sincretismo, reduccionismo de la fe y prevalencia del culto a los santos; c) Los que son consecuencia del influjo del mundo moderno: secularismo, consumismo, sectas, manipulaciones, mesianismos, desarraigo y proletarización urbana.

Para hacer frente a estos riesgos es necesaria una seria labor de formación religiosa del pueblo; esto, a su vez, llevará a la revisión de las creencias, comportamientos y expresiones; y esto conducirá a una purificación no traumática de la religión del pueblo. El proceso inverso: purificar, revisar y formar —que, dicho sea de paso, es el único que hasta ahora se ha intentado— sólo ha conducido a enfrentamientos y a radicalización de las posturas.

Con frecuencia olvidamos en la acción pastoral que la experiencia religiosa pertenece al mundo de lo inefable. Por eso es necesario recurrir al símbolo, a la metáfora y al rito. No podemos dejar al pueblo solo con sus vivencias y abandonado a su creatividad y luego lamentar que sus símbolos, metáforas y ritos no son los adecuados. En el fondo, el rechazo de la religiosidad popular refleja —no pocas veces— un profundo distanciamiento del pueblo de Dios. Ése ha sido —creo— el pecado de los pastores. No hemos caminado con el rebaño, sino que hemos permanecido en el redil y, cuando el rebaño se ha descarriado, nos limitamos a lamentarlo. La parábola del buen pastor nos urge a dejar a los cercanos para salir en busca de los lejanos. Sólo viviendo con el pueblo de Dios podremos clarificar sus creencias, dar sentido cristiano a sus vivencias y purificar sus expresiones. La exigencia de la formación continuada de la religiosidad popular no puede cumplirse más que desde el misterio de la encarnación.

4. *El misterio de Cristo, elemento central de la religiosidad popular*

El misterio de Cristo debe ser el elemento central de la religiosidad popular. Evidentemente, esto es más deseo que realidad. Hay que reconocer que es más mariocéntrica que cristocéntrica. En la Semana Santa del Sur es el *paso de palio* el que cierra la procesión y centra el interés del pueblo. Pocas romerías tienen como centro la imagen de Jesús o de los

santos. La inmensa mayoría —y sobre todo las grandes romerías— tienen como motivo de celebración una imagen de la Virgen. Decir —como hacen algunos— que a ningún hijo le molesta que quieran y admiren a su madre no es sino una forma de consolarse ante un hecho incuestionable: en la religiosidad popular María ocupa el centro.

Pero tampoco vale lamentarse o ignorar este hecho. Cristo es, evidentemente, el centro del cristianismo. María es la segunda figura en importancia y un personaje de máximo relieve en el catolicismo y en las iglesias orientales. El realismo pastoral exige aceptar que, en la religión del pueblo, las cosas son de otra manera y obligan a actuar en consecuencia. El camino mejor —como siempre— es el que va entre la realidad y la utopía. La catequesis que el pueblo necesita para purificar su religiosidad tiene que partir de la Madre si quiere llegar al Hijo. Ignorar a la Virgen para compensar la desviación no es garantía de una mayor eficacia, sino todo lo contrario: puede hacer inútil la tarea. Es necesario aceptar la importancia de María y de los santos en la religiosidad popular, pero sin perder de vista que Cristo es el centro de nuestra fe y de nuestra vida. Esto significa que la Virgen y los santos sólo pueden ser presentados y *explicados* al pueblo desde su relación con Cristo. En este sentido convendría que catequistas y predicadores se ajustaran en todo a lo que el evangelio y la Iglesia anuncian, sin caer en *fantasmas* teológicas desprovistas de todo fundamento. Se trata de anunciar al Jesús que la Iglesia nos entrega en la Escritura y en su existencia. La experiencia con los alejados nos dice que el pueblo reacciona vivamente cuando se le presenta la imagen de Jesús tal como aparece en los evangelios. Si Cristo hoy interesa poco, no es porque su persona o su mensaje no sean atractivos para los hombres de nuestro tiempo, sino porque no sabemos presentarlo. El problema de la catequesis y de la evangelización hoy no es un problema de aceptación, sino de anuncio. No es que Jesucristo no responda a las necesidades y problemas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo; es que los evangelizadores no lo hacemos bien.

El cristocentrismo lleva necesariamente a la eclesialidad. La Iglesia es el ámbito de la evangelización. Ella es la única que anuncia, vive y celebra plenamente a Cristo Salvador. Nadie inventa a Cristo ni predica su propia fe. Sería como predicarse a sí mismo. Si queremos evangelizar la religiosidad popular y desde ella, hay que dejar a un lado las opciones personales y los intereses de grupo y ofrecer la fe de la Iglesia.

5. *Un anuncio de Cristo en clave existencial*

El anuncio de Jesucristo no puede ser sólo verificador, sino también existencial. Estamos tan obsesionados con la verdad que se nos ha olvidado la vida, de tal manera que algunos intentan volver a hacer de la catequesis un asunto de simple memorización. Esto, aparte del desconocimiento que refleja del hombre y de la cultura actual, indica ignorancia de un hecho fundamental: la verdad sobre Jesucristo llega a ser vida en él y por él. Es una ingenuidad pensar que el sabio, por el hecho de serlo, ya es santo. Que el pueblo de Dios conozca el catecismo es bueno. Que el pueblo de Dios *sólo* conozca el catecismo es malo. Jesús es poderoso en obras y en palabras (Lc 24,19), es el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6). No se puede olvidar ninguno de esos elementos.

6. *Recuperar la narración*

El pueblo entiende mejor el lenguaje narrativo que el discursivo. Es necesario recuperar para la evangelización y la catequesis el relato, la narración de la historia de Jesús, cosa que hemos olvidado con demasiada facilidad y ligereza, debido al error pastoral y cultural de creer que sólo la verdad abstracta es válida y legítima. La verdad del relato es tan válida y legítima como aquella y, tratándose del pueblo, es además más útil. No debemos olvidar que los evangelios no son un ensayo sobre Jesús, sino un relato de Jesús. "Ninguna teología del Crucificado puede ni debe renunciar a la narración de la vida y pasión de Jesús"¹³. La fe cristiana no es una doctrina soteriológica, sino una historia de salvación.

Israel, en los momentos de crisis y desconcierto, volvía sobre su pasado para descubrir la presencia permanente de Dios en su historia, comprender el sentido de su *ahora* y, desde ahí, proyectarse hacia el futuro. Porque veía a Dios en el pasado, creía que estaba en el presente y esperaba que estuviera en su futuro. Este proceso se realizaba cuando narraba su historia, cuando contaba los hechos que configuraron su pasado histórico.

Gracias al relato, el que escucha y el que habla quedan implicados en la historia que se narra y pueden descubrir que su propia experiencia, su historia personal o colectiva, es parte de un proceso que se inició en el

¹³ E. Jünger, *Dios como misterio del mundo* (Salamanca, Sígueme, 1984) 389.

pasado y que encontrará su plenitud en el futuro. Dios habla hoy como habló ayer y como lo hará mañana. Narrar es manifestar qué acciones son significativas para el creyente, qué historia nos mueve y qué fuerza nos empuja hacia nuestro destino. Oír la historia de la salvación es situarse en las raíces de la fe del otro y abrirse a la posibilidad de aceptarlas también como raíces de la propia historia de salvación. Un ejemplo de esto lo tenemos en Pablo, cuando narra la institución de la eucaristía. Después de contar lo que había recibido del pasado, afirma: "Siempre que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor (presente), hasta que vuelva (futuro)" (1 Cor 11,26).

7. Anunciar a Jesucristo vivo y viviente hoy en la Iglesia

Hay que anunciar a Jesús vivo y viviente hoy en la Iglesia y en el mundo, salvador único y definitivo de la humanidad. No es el Cristo del ayer o del recuerdo, sino el Cristo del hoy y del mañana. Como Job podemos exclamar: "¡Sé que mi Redentor vive y que mis ojos lo verán!" (19,25-27). Cristo no fue un reformador religioso, el iniciador de un movimiento, cuyos ideales permanecen en sus seguidores y cuya memoria es celebrada en cada aniversario. Cristo fue y es. La celebración cristiana de los misterios de Cristo no es simple recuerdo, sino presencia y actualidad: no celebramos que salvó a los hombres, sino que nos salva a cada uno de nosotros. Él es el único, el definitivo salvador.

Es necesario destacar la relevancia salvífica del misterio de Cristo hoy. Vivimos tiempos de proliferación de mesías y soteriologías. El auge de las sectas mesiánicas y milenaristas indica la necesidad que los hombres y mujeres de nuestro tiempo tienen de ser salvados. Pero ya nos lo advirtió el Señor: "Surgirán falsos profetas que engañarán a muchos" (Mt 24,11). El pueblo cristiano necesita a Cristo salvador y tiene derecho a conocerle. Cuando Jesús, en la sinagoga de Nazaret, se aplicó la profecía de Isaías (Lc 4,16-21) no estaba presentando sólo su programa pastoral, su misión, sino también el programa pastoral y la misión de la Iglesia.

El Jesús que anunciamos y en el que creemos es el mismo que anunciaron los primeros testigos —cuya vida y mensaje recogieron en los evangelios— y el mismo que vivió, murió y resucitó en Palestina. No es, por tanto, una creación de los hombres. Pero, al mismo tiempo, está presente en nuestro hoy y en nuestro mañana. Él es el Viviente. La fe cristiana, por tanto, no es la adhesión a una ideología, a un sistema de

pensamiento, a una visión de la vida; es ante todo encuentro con la persona de Jesucristo. No es tanto encuentro con la verdad del maestro cuanto encuentro con el maestro de la verdad.

CONCLUSIÓN

1. Lo primero que debemos clarificar es de qué se trata: *¿de evangelizar la religiosidad popular* – fórmula utilizada en América Latina – o *de evangelizar desde la religiosidad popular*? En el primer caso estaríamos aceptando que no se trata de una religiosidad propiamente cristiana y que, por tanto, necesita ser evangelizada o que hay que purificarla para adaptarla a la religión oficial; en el segundo caso se trataría de aprovechar la religiosidad popular como plataforma de evangelización del pueblo de Dios.

2. Pablo VI, en EN 48, propone tres tareas de cara a la religiosidad popular: conocer sus manifestaciones, buscar en su interior lo que tiene de válido y proponer caminos de superación. Cuando nos planteamos la relación entre ésta y la catequesis, no podemos ignorar el itinerario que aquí se nos sugiere.

- Lo primero es *conocer* la religiosidad concreta de los hombres considerados individualmente y en grupo. Para ello es necesaria la cercanía justa, que no es ni dentro ni lejos. Tanto la demasiada cercanía como la excesiva lejanía impiden una eficaz relación de ayuda. Y no podemos generalizar. Debemos conocer la religiosidad popular concreta de una determinada zona, devoción, grupo humano o persona individualmente considerada.
- Luego es necesaria una labor de *profundización* que nos lleve a conectar con los sentimientos y vivencias que se esconden detrás de esas manifestaciones. Ésa debe ser siempre la mirada del pastor y del maestro. Él debe saber interpretar lo que hay detrás de las demandas de sus discípulos. Lo cual no es posible más que en la medida en que nosotros mismos seamos objeto de observación y análisis de nuestra vivencia religiosa. Cuestionarnos sobre la religiosidad popular es cuestionarnos sobre nuestra propia religiosidad.
- Finalmente hemos de abrir *caminos de superación* para que el pueblo crezca en la fe. Para ello será necesario que tengamos muy claro cuál es el itinerario de un creyente. En este sentido creo que

es iluminador el capítulo IV de la reflexión de los Secretariados del Sur sobre *El primer anuncio en la catequesis*, titulado "Itinerario de la increencia a la fe".

3. La religiosidad popular es una verdadera plataforma de evangelización de los alejados y en muchos casos es la única forma de llegar a ellos. Juan Martín Velasco se pregunta qué lugar ocupa en relación con la evangelización y responde:

Puede, en determinadas circunstancias, favorecer la evangelización en la medida en que puede colaborar a la apertura al Evangelio de quienes la viven... porque el hombre de nuestros días se encuentra inmerso en una cultura que comporta no pocos elementos que dificultan la captación del mensaje cristiano... y no pocos elementos de la RP pueden preservarle de algunos de estos peligros o ayudarle a superarlos¹⁴.

4. El análisis de la relación entre la catequesis y la religiosidad popular no puede plantearse como un enfrentamiento entre defensores y detractores, pues ni los primeros aman más, ni los segundos menos. Se trata de ponerse de parte de ese pueblo porque, si el pueblo de Dios se ha equivocado, la responsabilidad es de sus dirigentes. No se puede abordar la relación entre la religiosidad popular y la catequesis más que desde un sincero examen que nos lleve a corregir errores y evite aumentar la separación entre el pueblo y los pastores. En la religiosidad popular, como en todo lo cristiano, se da una mezcla de lo divino y lo humano. El trigo y la cizaña convivirán en el campo de Dios hasta el momento de la siega. Ignorar esta realidad lleva necesariamente a posturas radicales y encontradas que no conducen a nada, pues del diálogo sale la luz, mientras que la discusión sólo crea división.

¹⁴ *Increencia y evangelización* (Santander, Sal Terrae, 1988) 201.